



VI

Gs unos meses después, en una reunión matinal para la que se han citado las muchachas, á medio andar de ambas quintas, en el curato de Noarrieu, en casa del tío-abuelo de Manzana de Anís, cuando Lucía hace saber á Manzana:

—Querida, mi corazón estalla de alegría... Juan Arnústegui ha hecho pedir mi mano...

Manzana de Anís se ruboriza apenas y responde sencillamente:

—¡Oh, querida mía!...

Pero, interiormente, una oleada de pensamientos difusos la asalta:

¿Qué significa todo esto? ¿Cuál es

el sentido de esta vida? ¿Qué ha hecho ella, Manzana de Anís? ¿Qué es este comedor frío en donde está? ¿Cómo tiene valor su tío Huberto para vivir allí? ¿Cómo tiene fuerza para interesarse en las cosas de la vida la vieja criada sorda que enciende el fuego en la cocina, allí al lado? ¿Qué importa, que uno se muera ó no se muera de frío? ¡Qué triste es el ruido de la cadena del pozo!... Allí, unos polluelos, se han refugiado bajo la mesa del comedor. Se esconden debajo de la gallina. ¡Pobrecillos! Que lástima... Los matarán un día... Les harán sangre... ¿No sería preferible morir á nacer coja?... Hay rosas de Bengala, aunque estemos en invierno... ¿Qué significan, las rosas de Bengala? Se acuerda de la fábula del tío Tom, de la flor de brezo lisiada. Tiene la boca seca. La cabeza le duele...

Contesta, sin prestar siquiera atención á lo que dice:

—¡Oh, querida mía!... cuanto me alegre...

—Sí, ya sabía yo que te alegrarías, porque eres de las que se gozan en la dicha de los demás... Eres tan bo-

nita como buena... Te diré... Antes de que tú me dijeras que no querías á Juan... ya sabes, en aquel cercado de los pavos blancos... figúrate... tenía celos. ¡Oh! Manzana mía deliciosa... perdóname. Es el único sentimiento feo que he tenido para tí... Pero no lo hacía á propósito... Y á pesar de todo, amiga mía, me he arrepentido de tales pensamientos... Los he confesado, aunque no fuese dueña de ellos... Ya sabes lo egoísta que es el que ama... ¡Oh! mira, sin embargo, si Juan te hubiera querido y tú hubieses correspondido á su amor, creo, cariño mío, que te hubiera ocultado mi pasión por él... y creo que si tú le hubieras adorado sin que él correspondiera á tal adoración, yo le hubiera negado mi mano para evitarte dolor...

Un gatito salta sobre las rodillas de Manzana de Anís. Ella pregunta:

—¿Te había hecho saber su proyecto de pedirte en matrimonio?

—Sí. Apenas hace ocho días...

—Me dijo...

—Te dijo...

—Me dijo: Me encuentro muy solo en casa... Mariquita se casará muy

pronto... Mi padre no administra ya la posesión... Tengo momentos de tristeza insondable, hace algunos meses. Siento que Vd. será una mujer segura. Noto en mí, hácia usted, no pasión, sino un sentimiento de simpatía vivísima... Me parece que, en el matrimonio, esta especie de afección vale más que un capricho violento é irreflexivo.

En el descansillo, el tardo péndulo de cobre del reloj alto, brilla, va y viene en su caja de madera adornada de tulipanes de fuego y de azafrán de oro, como un incensario balanceado por la mano de las horas. Se oye caer un leño sobre el morillo de la cocina y el andar pesado del tío-abuelo Huberto encima del comedor. Manzana de Anís pregunta:

—¿No te ha dicho más que eso, niña?

—¿Por qué lo dices?

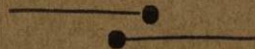
—Por nada...

—¡Anda, curiosa!—Me dijo—cuando supo que yo consentía: Lucía, no estaré quizá muy alegre en los primeros tiempos. Mi lealtad me impone que le haga á Vd. una confesión...

Casi todos los jóvenes han tenido crisis del corazón que les han lastimado... Necesito algún tiempo para que las heridas se cicatricen... Pero estoy seguro de que será Vd. la mejor hermana de la caridad...

—... ¿Y sabes qué crisis del corazón ha tenido?

—... Creo... sí... He intentado saber algo... Debe ser alguna muchacha que habrá conocido en París, porque ha añadido: La única persona en quien he podido pensar fuera de usted, se ha consagrado á Dios...





VII

LA boda de la señorita Lucía-Hermancia Visitación de Atchuria, con don Juan Tristán Arnústegui ha sido bendecida en la capillita de Noarrieu, á las once de la maña, el once de marzo de mil novecientos tres.

Cerca de la mentada capilla, hundida en medio de los bosques, fué donde una niña llamada Clara de Ellébeuse, atacada de locura, murió, y hácia esa capilla iba aun con frecuencia á vagar un poeta agobiado de dolores. Algunos dicen que le han visto llevando de la mano á una niña morena coronada de ciprés. ¿Qué pedían á Dios el uno y la otra? Pero ¿quién sabe lo que se pide á Dios?

Manzana de Anís entregó por su mano á Lucía, de parte del Tío Tom, entre otros regalos, el heliotropo florecido al fin, sacado del lecho fúnebre de la princesa egipcia. El armonio gruñó. Pronunciáronse discursos. Los pájaros de los bosques vinieron á picotear, hasta cerca de la mesa puesta en la granja, el pan que da Dios á los más pobres...

Pero, terminada la ceremonia, aquella tarde misma, cuando Manzana de Anís y el tío Tom se encontraron solos en el invernadero misterioso, un sollozo sacudió á la niña vestida de rosa como la flor de brezo vagabunda. ¿Comprendió el tío Tom? Quizá. Porque, cogiendo en sus brazos á Manzana de Anís, rompió también en sollozos al oír estas palabras:

—Tío... Qué desgraciada soy... Me cortaré los cabellos... Seré reparadora como sor Magdalena... Seré como un pavo real muy grande...

FIN



